

FICCIÓN

# ADELGAZAR

## Cecilia Pavón

Nació en Mendoza en 1973 y desde los años noventa vive en Buenos Aires. En 1999 cofundó la galería de arte Belleza y Felicidad junto a Fernanda Laguna.

Es Licenciada en Letras y poeta, además de narradora. Coordina talleres literarios desde hace muchos años. Entre sus libros se cuentan *Un hotel con mi nombre*, *Once sur*, *Los sueños no tienen copyright*, *Pequeño recuento sobre mis faltas* y *Todos los cuadros que tiré*.

**D**e todos los niños muy delgados, demasiado delgados, por no decir esqueléticos, que veo a la salida del colegio o que vienen a compartir las tardes con mi hijo en nuestra pileta de lona, noto que las madres tienden más bien a la obesidad. Los padres, por su parte, ya están instalados en esa condición. Cuando veo una familia así, pienso: no se alimentan bien. Otras veces, en un supermercado de precios populares que hay en mi barrio y que tiene un *bowling* en el piso de arriba, observo familias con niños y madres obesos. Hay niños de tres o cuatro años comiendo panchos, muy excedidos de peso. Mi hijo también come panchos y hamburguesas a veces. No es gordo, pero tampoco es de esos niños demasiado flacos de los que hay varios en su clase y de los que mi tía piensa que son así de delgados porque las madres no se ocupan de que terminen la comida que les ponen en el plato.



---

**Cuando miro a las madres de la escuela, y veo la imagen de lo que no quiero ser (ellas deben mirarme a mí y decir lo mismo, pero por otras razones), pienso en un lugar común: la obesidad y la insatisfacción sexual van de la mano.**

---

Hace unas tres semanas fui al cumpleaños de una poeta con la que éramos muy amigas en nuestros veinte pero después dejamos de vernos. Tini, poeta, novelista y cantante que me inspiró, y con la que durante unos dos años tuve sexo intermitentemente (y una vez también tuve sexo con su novio, lo cual ahora me parece espantoso, pero cuando una es joven no se da cuenta de lo que hace). Ella cumplía cuarenta años y estaba bastante flaca. No re flaca, no flaquísima, pero bien, elegante, con un mono de *animal print* y alguna joya importante en el cuello.

-Estás re flaca, Tini -le dije.

-Es que dejé de comer harinas blancas -me contestó-. Y también porque ahora soy feliz, ya no tengo más ansiedad, ya no guardo bombones de helado de crema en el *freezer*.

Cuando miro a las madres de la escuela, y veo la imagen de lo que no quiero ser (ellas deben mirarme a mí y decir lo mismo, pero por otras razones), pienso en un lugar común: la obesidad y la insatisfacción sexual van de la mano. O sea, todo está conectado, y el hecho de que esa sea una escuela que se promociona como “exigente” debe tener que ver con la insatisfacción sexual de los integrantes de las familias que allí matriculan a sus hijos. Son cosas que pienso en la puerta de la escuela cuando veo cómo la gente hace grandes esfuerzos para parecer una familia, esa estructura social que en su definición misma lleva inscripta la esencia de la insatisfacción. Entre un sesenta y un setenta por ciento de las mujeres y los hombres que vienen a esta institución a retirar a sus hijos son gordos.

Una vez, hace como doce años, durante el cumpleaños de su novio, Guadalupe, que también estudió con Tini y conmigo en la facultad, contó el argumento de una novela que pensaba escribir. Para adelgazar, una chica inventa y lleva a cabo el siguiente plan: cada vez que tiene ganas de comer sale a la calle e intenta coger con el primer hombre que se le cruza. Deja de lado los prejuicios de clase, deja de buscar el hombre ideal (que casi siempre es una imagen construida a partir de aspiraciones de ascenso social), y simplemente se dispone a tener sexo. Y le va bien. Tiene sexo con el portero, con un electricista que justo estaba arreglando una luz en el pasillo del palier de su edificio, con un desconocido que caminaba por la calle Corrientes. Y adelgaza. En vez de comer seis medialunas busca alguien para tener sexo. Cambia glucosa por orgasmos.

Cuando escuché las palabras que Tini pronunció sobre la comida en medio de su cumpleaños, yo no pensé en calmar mi ansiedad, ni en nada relacionado con la ansiedad. Lo que sentí, más bien, fue que adelgazar era una forma de sacarle al mundo un poco de mí. La masa total que mi ser ocupa del espacio del planeta será menor si adelgazo, habrá más lugar libre para otros, o para el aire, o simplemente para el sol, pensé.

Sentí que dejar de comer todo lo que más me gusta como pan, facturas, chocolates, galletitas y tortas podía ser un camino de aprendizaje espiritual. Algo así como un método de preparación para la soberanía estética. No depender de alimentos ni de ninguna otra sustancia para ser feliz. Me pareció que sólo un espíritu libre podía lograrlo, o un espíritu ascético.

¿El ascetismo y la libertad serán lo mismo?

Quizás estén cerca, quizás sean lo contrario... en todo caso hace poco que he pasado la barrera de los cuarenta años, esa edad que de joven uno identifica como el comienzo de la decadencia pero que cuando llega no se siente para nada de esa forma.

Los cuarenta años son como la habitación de una casa de dos pisos, alfombrada y en la que entra el sol. O como una túnica de seda color lavanda sobre una cama de dos plazas y media y acolchado de raso.

Me acuerdo que cuando tenía veinticinco años pensaba que quería tener cuarenta y vestirme igual que Cher, con minifaldas de cuero ajustadas o con cualquier cosa negra, brillante y con tachas. También me imaginaba enfundada en calzas de terciopelo.

A los cuarenta y un años, me hace feliz pensar que puedo recuperar la pureza. Amo la idea de ingerir alimentos benéficos, suaves, iluminadores. Amo esa idea aunque sepa que es sólo un concepto, o quizás la amo precisamente porque es ante todo un concepto. Y los conceptos preceden a la realidad.

Han pasado tres meses desde el cumpleaños de Tini, el día que decidí dejar de comer harinas y azúcares en un acto mezcla de envidia y admiración. No sé si he adelgazado realmente porque en esa época era invierno y en la balanza de las farmacias con ropa y zapatos gruesos obviamente siempre una pesa más. Seguramente he engordado cerca de un kilo, pero como no tengo ropa parece que pesara lo mismo que antes, o que hubiese bajado... Sé que durante días o semanas logré no comer nada con harina ni azúcar, después comí chocolates, otras veces comí medialunas. Lo más difícil de dejar fueron las medialunas, que me encantan. También comí pizza cuando no había otra cosa para comer, o fosforitos de jamón y queso, y torta, en algún cumpleaños al que llegué para buscar a mi hijo unos minutos antes de que terminara... La idea de alcanzar la soberanía estética y espiritual a través de los alimentos no era tan fácil como yo pensaba. ¿Y si en vez de querer comer bien me propongo empezar a escribir bien? Sé que a los cuarenta y un años no me queda otra opción: tengo que escribir bien, tengo que escribir bien, tengo que escribir bien. Para ser alguien en la vida, o al menos intentarlo.

Voy a llamar a Tini por teléfono para decirle que tenemos que escribir bien. ■

---

**No depender  
de alimento  
ni de ninguna  
otra sustancia  
para ser feliz.  
Me pareció  
que sólo un  
espíritu libre  
podía lograrlo,  
o un espíritu ascético.**

---